

SOFIA FEDÓRCHENKO

EL PUEBLO EN LA GUERRA
TESTIMONIOS DE SOLDADOS EN EL FRENTE
DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

El Jardín de Epicuro

¡Extranjero, aquí estarás bien: el placer es el fin supremo!

NO FICCIÓN

SOFIA FEDÓRCHENKO

EL PUEBLO EN LA GUERRA
TESTIMONIOS DE SOLDADOS EN EL FRENTE
DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Nota introductoria de ELIAS CANETTI

Prólogo de JAIME FERNÁNDEZ

Nota de la traductora por OLGA KOROBEKO

Título original: *Народ на войне* (25 de octubre de 1917, día de la Revolución de Octubre)

Hermida Editores S.L.
e-mail hermidaeditores@gmail.com
www.hermidaeditores.com

© Prólogo, Jaime Fernández Martín, 2012
© Traducción, Olga Korobenko, 2012
© Ilustración de cubierta, Lillette Gobin, 2012
Asesor literario de la colección: Jaime Fernández Martín
ISBN: 978-84-940159-1-5
Impreso en Argetina
Primera edición en Argentina: noviembre de 2014

ÍNDICE

<i>Nota introductoria de Elias Canetti</i>	11
<i>Prólogo: Confesiones a tumba abierta, por Jaime Fernández</i>	15
<i>Nota de la traductora por Olga Korobenko</i>	29

EL PUEBLO EN LA GUERRA TESTIMONIOS DE SOLDADOS EN EL FRENTE DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

I. CÓMO IBAN A LA GUERRA. QUÉ PENSABAN DE SUS CAUSAS Y DE LA INSTRUCCIÓN	37
II. QUÉ PASÓ EN LA GUERRA	43
III. CÓMO ERAN LOS JEFES	67
IV. CÓMO ERAN LOS COMPAÑEROS	81
V. CÓMO LLEVABAN LAS ENFERMEDADES Y LAS HERIDAS	85
VI. QUÉ DECÍAN DE LOS ENEMIGOS	93
VII. QUÉ RECORDABAN DEL HOGAR	101
VIII. QUÉ OPINABAN DE LA GUERRA	107
<i>Biografía de Sofia Fedórchenko por Olga Korobenko</i>	125

NOTA INTRODUCORIA DE ELIAS CANETTI

Ayer leí —una vez más después de mucho tiempo— uno de los libros más sinceros que conozco. Lo tengo conmigo hace cincuenta y tres años: *El ruso habla*, apuntes de una enfermera, diálogos que oyó en boca de soldados heridos en un hospital en el frente, entre 1915 y 1916. Todo es de una gran verdad y suena como la mejor literatura rusa que uno ama, y quizá esta literatura sea tan buena porque en ella se habla como lo hacen esos soldados heridos, la mayoría de los cuales son analfabetos. Leí hasta muy entrada la noche, el libro entero de un tirón —no es largo, aunque sí de una riqueza inaudita—; me recordó al ruso con el que hace un año volví a reencontrarme en el recuerdo: Babel. Quizá me haya hecho pensar en todos los rusos que he leído últimamente. Son fragmentos breves, pero en cada uno de ellos habita el aliento que ya conocemos por los libros largos. Allí figuran todas las maldades que los hombres pueden decir sobre las mujeres, infinidad de palizas, bayonetas, borracheras, niñas destrozadas por cosacos; al acabarlo uno se siente atrocemente oprimido, es la imagen de la Primera Guerra Mundial más fiel y verdadera que conozco, no escrita por un escritor, sino hablada por personas que, sin sospecharlo, son todos escritores.

La enfermera, Sofia Fedorchenko, califica sus apuntes de *estenogramas*, lo cual significa que pudo escribirlos muy rápidamente y sin llamar la atención, como ella dice, pues la gente estaba acostumbrada a verla anotar todo lo relacionado con su actividad profesional. De ahí que nadie desconfiara de ella y esas frases no sufrieran tergiversación

alguna.

Es tal la imagen de la guerra que de ellas se desprende que todos deberíamos conocerlas de memoria.

(Elias Canetti *El corazón secreto del reloj*¹)

1. "Fragmento de El corazón secreto del reloj, de Elias Canetti, traducción de Juan José del Solar. © Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2006. Reservados todos los derechos."

PRÓLOGO

CONFESIONES A TUMBA ABIERTA

La Primera Guerra Mundial generó una avalancha de testimonios de combatientes que participaron en ella, convirtiéndose así también en pionera en esta faceta. La profusión de testimonios se debe en parte al buen nivel formativo de un elevado número de soldados que lucharon en ella, pero también a la frustración de las expectativas con las que muchos se alistaron a su ejército nacional, sobre todo en el bando de los países que partían como vencedores y que por eso mismo contribuyeron más al estallido de la guerra. El encuentro con la dura realidad del frente y la circunstancia de haber sobrevivido a una guerra atroz en la que corrieron un peligro mortal y vieron morir a otros soldados, tuvo que animar a los más lúcidos de ellos a contar aquellas vivencias extraordinarias, aunque tuviesen que escarbar en la memoria y revivir los amargos recuerdos.

El recuerdo más lacerante que se conserva de la Gran Guerra —nombre con el que era conocida hasta que fue desbancada por su *hija natural*, la Segunda Guerra Mundial— es su crueldad y su larga y dolorosa agonía, especialmente visible en las sangrientas batallas del Somme y de Verdún. Aparte de las causas propiamente tácticas, estas características se explican por la mala voluntad de los gobiernos que la alimentaron y que, una vez iniciada, fueron incapaces de frenarla, y por el desarrollo tecnológico de un armamento altamente destructivo con el que no se contaba en los comienzos del conflicto. A los fusiles de repetición

y las ametralladoras, se sumaron modernos vehículos de combate, zeppelines, aviones de combate, acorazados de acero y, por si todo esto fuese poco, los gases venenosos que, si bien no causaron muchas bajas, producían un angustioso daño físico.

Ambas circunstancias derivan la una de la otra, son indisociables y provienen de un tronco común: la supeditación de los gobiernos de los países en litigio a la dinámica de la propia guerra y a quienes la dirigían desde los cuarteles generales. El crepúsculo de las democracias liberales del Continente, que por desgracia habría de cuajar políticamente en el periodo de entreguerras, comenzó desde el momento en que los gobiernos dieron la espalda a los parlamentos y en la práctica promovieron una *dictadura de guerra* en sus países.

La abundancia de testimonios de combatientes que en sus libros se refirieron a la estupidez de aquel conflicto y su crueldad obedece también al creciente distanciamiento entre los mandos militares y los soldados, quienes, pese al ciego entusiasmo inicial y a la influencia de la nefasta propaganda nacionalista, sufrieron en propia carne las secuelas de esa crueldad. La lógica consecuencia de ese distanciamiento se tradujo en las numerosas deserciones en los ejércitos combatientes y que, cuando fracasaban, los mandos militares castigaban con juicios sumarísimos por alta traición a la patria y la aplicación de la pena capital a los desertores frustrados.

El escritor ruso Isaak Babel publicó un breve relato, *El desertor*, basado en los testimonios edulcorados del capitán francés Gaston Vidal, en el que un capitán «amante de los libros y de la belleza» y que «no se ofendía por pequeñeces», ordena a su subordinado, el soldado Bauji, que se pegue un tiro tras ser devuelto al cuartel después de una tentativa fallida de deserción. Ante la incapacidad del joven para

cumplir semejante orden, el capitán le descerrajó un tiro en la cabeza.

A menudo se ha comentado que en la Primera Guerra Mundial murieron miles de jóvenes pertenecientes a la clase media o a la burguesía que, si hubiesen sobrevivido, en la vida civil habrían podido desarrollar una actividad profesional o intelectual de gran alcance debido a la excelente preparación de muchos de ellos. En efecto, una generación de muchachos profesionalmente cualificados fue inmolada en los campos de batalla dispersos por Europa.

La otra cara de la moneda es la hornada de supervivientes que, incapaces de adaptarse en el desapacible ambiente de la postguerra, encontraron un fácil refugio en el batallón de lo que se ha dado en llamar la «generación perdida», integrada por hombres que, frustrados por la derrota, fundamentalmente en los países perdedores, se alistaron impulsados por el deseo de revancha a las formaciones político-paramilitares que afloraron en aquellos años confusos.

Sin embargo, en la Primera Guerra Mundial combatieron también miles de jóvenes procedentes de la clase obrera o campesina. Como era de esperar, el país que aportó más soldados de estas características fue la Rusia zarista, que combatió en la Triple Entente, aunque el Imperio ruso mantuviese más afinidades con las potencias centrales que con sus aliados democráticos.

El tormento que padecieron estos jóvenes terminó cuando en 1917 el gobierno revolucionario encabezado por Lenin decidió la salida del conflicto y el retorno de sus efectivos militares a casa. Hasta la firma del armisticio en marzo de 1918 miles de jóvenes campesinos, enviados al frente como carne de cañón, murieron o sufrieron graves heridas en los campos de batalla y en las trincheras sin saber muy bien para qué ni por qué.